

luntad suficiente para soportar esta tensión momentánea de vuestra mujer, no tardaréis en ver extinguido su vigor ficticio. En general, las mujeres desean vida de emociones continuas, pero pasadas las tormentas de sus sentidos, son éstos presa de una calma muy tranquilizadora para la felicidad de un marido.

¿No probaría Juan Jacobo a vuestra mujer, por medio de su encantadora *Julia*, que es cosa muy distinguida en la mujer y de infinita gracia al no estropear su delicado estómago y su divina boca fabricando quilo con innobles trozos de buey y enormes piernas de carnero? ¿Existe nada más puro en el mundo que esas interesantes legumbres, siempre frescas e inodoras, esas nacaradas frutas, ese café, ese chocolate perfumado, esas naranjas, manzanas de oro de Atalante (1), esos dátiles de la Arabia, esos bizcochos de Bruselas, alimento sano y agradable que da resultados satisfactorios, al mismo tiempo que comunica a la mujer un no sé qué de originalidad misteriosa? Al igual que con su elegancia, con una acción hermosa o con una buena frase, decidle que con este régimen puede llegar a ser una pequeña celebridad entre sus conocidos. Pitágoras (2) debe ser su pasión, como si éste fuese un perro de aguas o un tití.

No cometáis nunca la imprudencia que comenten algunos hombres, los cuales, para darse fama de hombres de talento y contrarios a las preocupaciones, combaten la creencia femenina de que *se conserva el talle comiendo poco*. Las mujeres no engordan con la dieta; esto es claro y evidente, y vosotros no debéis salir nunca de esto.

Alabad el arte con que las mujeres célebres por su hermosura han sabido conservarla tomando varias veces al

(1) Atalante, hija de un rey de Sciros, fué célebre por su agilidad en la carrera. Declaró a la multitud de sus pretendientes que sólo concedería su mano a aquel que lograra sacarle ventaja corriendo. Hipomenes logró ganarle y obtuvo, por lo tanto, su mano, gracias a tres manzanas de oro que le había regalado una diosa. Cuando se veía a punto de ser alcanzado por Atalante, Hipomenes dejaba caer una de las manzanas, y, como la joven se paraba a recogerlas, aquél logró llegar a la meta antes que ella.

En literatura se hacen frecuentes alusiones a la agilidad de Atalante, a su lucha con Hipomenes y a las manzanas con que éste logró vencerla en la carrera.—(N. del T.)

(2) Este filósofo griego, que lo mismo que Platón, Empedocles y otros, era partidario de la metempsicosis o transmigración de las almas, prohibió el uso de las carnes, y a esta prohibición hace alusión el autor.—(N. del T.)

día, baños de leche o de aguas compuestas de sustancias propias para conservar la piel más suave, debilitando el sistema nervioso.

En nombre de su salud, tan preciosa para vosotros, recomendadle sobre todo que se abstenga de las lociones de agua fría; que el agua caliente o templada sea siempre el ingrediente fundamental de toda clase de ablución.

Broussais (1) debe ser vuestro ídolo. A la menor indisposición de vuestra mujer, y bajo el más leve pretexto, debéis aplicarle sanguijuelas; no temáis ponerlos vosotros mismos algunas docenas de vez en cuando, para contribuir a que se practique en vuestra casa el sistema del célebre doctor. Vuestra calidad de marido os obliga a decir siempre a vuestra mujer que la encontráis demasiado colorada; procurad asimismo de vez en cuando atraerle la sangre a la cabeza, para tener derecho a aplicarle en determinadas ocasiones alguna docenita de sanguijuelas tras las orejas.

Vuestra mujer debe beber agua ligeramente coloreada con vino de Borgoña, cosa que es agradable al paladar, pero que no tiene virtud tónica; cualquier otro vino sería perjudicial en extremo.

No consentáis nunca que beba agua pura, porque estaríais perdido.

«¡Impetuoso fluido! ¡en el momento en que tu acción llega al cerebro, ve como éste cede a tu poder! La Curiosidad se echa a nado haciendo seña a sus compañeras que le sigan, y todas se sumergen en lo más profundo de la corriente. La Imaginación toma asiento en la orilla y se pone a soñar. Sigue el torrente con los ojos, y las pajitas y los juncos figúransele mástiles de mesana y de bauprés. Apenas se ha verificado esta metamorfosis, cuando el Deseo, con la bata levantada hasta la rodilla, aparece, ve a todas y se apodera de ellas. ¡Oh vosotros, bebedores de agua! ¿Debéis acaso vuestro poder de tornar y retornar el mundo a vuestro antojo, al auxilio de este encantador manantial? ¿Es él la causa que holléis con vuestros pies al impotente, aplastando su rostro y cambiando a veces la forma y el aspecto de la naturaleza?»

Si con este sistema de inacción, unido a nuestro sistema alimenticio, no obtenéis resultados satisfactorios, abra-

(1) Célebre médico francés, defensor del método curativo por medio de sangrias, sanguijuelas y bebidas gomosas (1772-1838).—(N. del T.)

zad sin temor este otro sistema que vamos a desarrollar. El hombre posee una suma determinada de energía. Tal hombre o tal mujer es a otro o a otra, como diez es a treinta, como uno es a cinco, y existe un grado que nunca traspasa nadie. La cantidad de energía o de voluntad que cada uno de nosotros posee, se extiende como el sonido: es débil unas veces, fuerte otras, y se modifica según las octavas que le está permitido recorrer. Esta fuerza es única, y resuélvase en deseos, en pasiones, en trabajos intelectuales o en trabajos corporales, siempre acude allí donde la llama el hombre. Un *boxeador* la emplea en dar puñetazos, el panadero en amasar el pan, el poeta en su exaltación, que absorbe una enorme cantidad, el bailarín la traslada a los pies; en fin, cada uno la distribuye a su gusto, y que yo vea esta misma noche al Minotauro sentado tranquilamente en mi lecho, si no sabéis todos como yo la clase de trabajo en que se gasta más. Casi todos los hombres consumen en trabajos necesarios o en las angustias de pasiones funestas esa hermosa suma de energía y de voluntad con que les ha dotado la naturaleza; pero nuestras mujeres decentes están todas sujetas a los caprichos y a las luchas de esa energía cuyo origen se desconoce. Si la energía de vuestra mujer no ha sucumbido ante el régimen de la dieta, sumida en una vida de actividad y de movimiento continuo. Buscad los medios de hacerle invertir esa suma de energía que tanto os molesta en una ocupación que se la consuma por completo. Sin necesidad de atar a la mujer al manubrio de una máquina, hay mil medios de cansarla someténdola a un trabajo constante.

Dejando a vuestra penetración los distintos medios de practicar este principio, los cuales varían según las circunstancias, os indicaremos el baile como uno de los más hermosos abismos en que se sepultan los amores. Pero como que esta materia ha sido muy bien tratada por un autor contemporáneo, le dejaremos hablar.

«La pobre víctima que logra reunir en torno suyo un círculo de admiradores encantados de verla bailar, paga bien caros sus éxitos. ¿Qué fruto se ha de esperar de esfuerzos tan poco proporcionados a las energías con que cuenta un sexo tan delicado? Los músculos, fatigados sin discreción, consumen energías sin tasa. Los espíritus, destinados a alimentar el fuego de las pasiones y el trabajo del cerebro, son apartados de su camino. La ausencia de los deseos, la aspiración al descanso, la

selección exclusiva de alimentos substanciales, todo indica en el que se dedica con exceso al baile, una naturaleza empobrecida y más bien ávida de reparaciones que de goce. Un hombre que ha nacido en el teatro, me decía un día: «El que ha vivido entre bailarinas, no ha podido menos de alimentarse de carnero, pues el estado de debilidad de aquéllas exige esta clase de alimentos fuertes». Creedme, pues; el amor que inspira una bailarina es muy engañoso: bajo una primavera ficticia percibe uno el desengaño de encontrar un sol frío y avaro, y unos sentidos incombustibles. Los médicos calabreses aconsejan el baile como remedio para las pasiones histéricas que son muy comunes entre las mujeres de aquel país, y los árabes emplean poco más o menos la misma receta para curar a las yeguas de la infertilidad, originada por un temperamento demasiado lascivo. «Bestia como un bailarín» es un proverbio muy conocido en el teatro. En fin, los hombres más notables de Europa están convencidos de que todo baile ejerce acción eminentemente refrigerante.

«En prueba de lo dicho, es necesario añadir algunas observaciones. La vida de los pastores dió origen a los amores desordenados. Las costumbres de los tejedores fueron atrozmente vituperadas en Grecia. Los italianos tienen un proverbio que confirma la lubricidad de las cojas. Los españoles, cuyo temperamento recibió con tantas mezclas la incontinencia africana, muestran sus deseos en esta materia con una máxima muy popular entre ellos, que dice: *Mujer y gallina la pierna quebrada*. «La profundidad de los orientales en el arte de la voluptuosidad se manifiesta perfectamente en aquella ordenanza del califa Hakiu, quien prohibió, bajo pena de muerte, el que se fabricase en sus Estados ninguna clase de calzado para la mujer. Parece que en todo el globo las tempestades del corazón esperan, para descansar, el reposo de las piernas.»

¡Qué admirable maniobra la de hacer bailar a una mujer y no alimentarla más que de substancias vegetales!

No creáis que estas observaciones, tan verdaderas como ingeniosas, contrarían nuestro sistema precedente; lo mismo con uno que con otro, llegaréis a producir en vuestra mujer esa debilidad tan deseada, prenda de reposo y de tranquilidad. Por medio del último sistema, dejáis una puerta abierta para que el enemigo huya; por medio del otro, lo matáis.

Ya me parece ver a las gentes timoratas y de pocos

alcances levantarse contra nuestra higiene en nombre de la moral y de los sentimientos.

¿No está dotada de un alma la mujer? ¿No es, como nosotros, sujeto de sensaciones? ¿Con qué derecho, pues, despreciando sus dolores, sus ideas y sus necesidades, se la ha de trabajar como al vil metal con que el obrero hace un apagador o un candelero? ¿Será acaso porque esas pobres criaturas son ya débiles y desgraciadas de sí, por lo que un bruto se ha de arrojar el derecho de atormentarlas, en exclusivo provecho de sus ideas, más o menos justas? ¿Y si con vuestro sistema debilitante o excitante, que prolonga, ablanda y destruye las fibras, llegaseis a causar espantosas y crueles enfermedades? ¿Y si lleváis a la tumba a una mujer que os es querida? ¿Y si, etc.?

He aquí nuestra respuesta.

¿Habéis contado alguna vez la infinidad de formas que Arlequín y Pierrot dan a su sombrero blanco? Lo vuelven y lo revuelven tan bien, que hacen con él sucesivamente una peonza, un barco, un jarro, una media luna, una montera, una canastilla, un pez, un látigo, un puñal, una muñeca, una cabeza de hombre, etc., etc.

Esta es una imagen exacta del despotismo con que debéis manejar y dar vueltas a vuestra mujer.

La mujer es una propiedad que se adquiere por contrato, y es un mueble, porque la posesión sirve de título; en fin, hablando propiamente, la mujer no es más que un anexo del hombre; por lo tanto, cortad, romped, recortad, pues os pertenece de todos modos. No os inquietéis por sus murmuraciones, por sus gritos, por sus dolores; la naturaleza la ha creado para nuestro uso y para sobrellevarlo todo: hijos, pesadumbres, glopes y disgustos del hombre.

No nos acuséis por eso de ser duros. En todos los códigos de las naciones que se dicen civilizadas, el hombre ha escrito las leyes que reglamentan el destino de las mujeres bajo este epígrafe sangriento: *Væ victus!* ¡Ay de los débiles!

En fin, pensad en esta última observación, la más ponderante acaso de todas las que hemos descrito hasta aquí: si no eres tú, marido, el que rompe con el peso de su voluntad esa débil y encantadora caña, lo hará el peso, más atroz aún, de un soltero caprichoso y déspota; ella soportará así dos azotes en lugar de uno. Calculado, pues, todo, la humanidad os empujará a seguir los principios de nuestra higiene.

MEDITACIÓN XIII

DE LOS MEDIOS PERSONALES

Acaso las Meditaciones precedentes hayan expuesto sistemas generales de conducta, más bien que presentar los medios de rechazar la fuerza por la fuerza. Dichos sistemas son farmacopeas y no tópicos. He aquí ahora los medios personales con que la naturaleza os ha dotado para defenderos, pues la Providencia no olvidó a nadie: si dió a la sepia (pez del Adriático) ese color negro que le sirve para producir una nube en cuyo interior se oculta de su enemigo, ya podréis imaginaros que no ha dejado al marido sin espada: llegó ya, pues, el momento de que saquéis la vuestra.

Al casaros, habéis debido imponer a vuestra mujer la condición de que amamantaría a sus hijos: desde luego provocad los cuidados y las dificultades de un embarazo y de una cría, y de ese modo retardaréis el peligro lo menos por un año o dos. Una mujer ocupada en parir y criar un hijo no tiene realmente tiempo para pensar en un amante; sin contar con que durante algún tiempo, antes y después del embarazo, no está en estado de presentarse en sociedad. En efecto, ¿cómo habla de atreverse, aun la más inmodesta de las mujeres distinguidas, de quienes se trata en esta obra, a presentarse embarazada y a pasear en sociedad aquel fruto que viene a ser su acusador público? ¡Oh lord Byron, y tú que no querías ver a las mujeres comiendo!

Seis meses después del parto, y cuando el niño está ya medio criado, la madre empieza apenas a gozar de su frescura y de su libertad.

Si vuestra mujer no ha criado a vuestro primer hijo, supongo que tendréis bastante talento para saber sacar partido de esta circunstancia y hacer que ella desee criar al que lleve en sus entrañas. Leedle el *Emilio*, de Juan Jacobo, enardeced su imaginación alabándole los santos deberes de las madres, herid su amor propio, etc.; en fin, o sois un tonto o un hombre de talento; en el primer caso, aunque leáis esta obra, no dejaréis de ser Minotauro; en el segundo, me entenderéis, aunque sólo me explique a medias.

inminente. En torno del hogar se senta ya olor a Minotaur. Una noche, el marido fingió hallarse sumido en un pesar profundo, visible, espantoso. Su mujer habla legado ya a hacerle mas caricias de las que le habla hecho en plena luna de miel, y, desde aquel momento, éstas se convirtieron en preguntas y mas preguntas. El marido, por su parte, continuaba triste y silencioso. Las preguntas se redoblaban y el esposo dejó escapar algunas frases de reticencias, frases que par algunas frases llenas de reticencias, frases que anunciaban la existencia de una gran desgracia. Con esto, habla aplicada ya una moxa japonesa que quemaba como un auto de fe de 1600. La mujer empleó al principio mil estrategias para saber si el disgusto de su marido era causado por aquel amante en embrión: primera intriga en la que empleó mil astucias. La imaginación volaba... ¿Se ocupaba del amante? no, éste ya habla quedado, en parte, olvidado, y ella necesitaba ante todo descubrir el secreto de su marido. Una noche, éste, fingiéndose llevado de su desseo de confiar sus penas a su terna compañera, la declara que está artunado. Es preciso renunciar al coche, al palco de los Bufos, a los bailes, a las fiestas y a París; acaso se pueda rehacer la fortuna retirándose al campo por uno o dos años. Exclamando la imaginación de su mujer y hablándole al corazón, la compadeció por haber unido su suerte a la de un hombre enamorado de ella, es verdad, pero sin fortuna; se tiró de los pelos y preciso le fue a su mujer ir en su ayuda a consolarle; entonces, aprovechándose de este deslino de interés conyugal, se la lleva al campo. Una vez allí, nuevas escarificaciones, sinapismos sobre sinapismos y nuevas colas de perro cortadas: hizo construir una nave gótica en la casa de campo; la señora reformó tres veces el parque para tener agua, lagos, etc.; finalmente, el marido, en medio de esta labor, no olvidaba la suya: lecturas amenazadas, delicados cuidados, etc. Tened presente que no creyó nunca conveniente dar conocimiento a su mujer de esta estratagemas, sino que la hizo creer que, si habla recobrado la fortuna, era precisamente gracias a las modificaciones hechas en las fincas y a las enormes sumas gastadas en la distribución de aguas; le probó que el lago tenia una cascada de agua, con la que se podía hacer trabajar muchos molinos, etc.

He ahí una moxa conyugal bien aplicada, pues el marido no se olvidó entretanto de hacer hijos, ni de invitar a su casa a los vecinos enojosos, estúpidos o viejos. Si

Este primer medio no es virtualmente personal, y os dará ancho campo para poner en práctica los demás. Desde que Alcibíades cortó las orejas y la cola a su perro, para hacer un favor a Pericles, que tenia entre manos una especie de guerra de España y de suministros Quareid, o sea la resolución de asuntos ruidosos e interminables que llamaban mucho la atención de los atenieses, no existe ministro que no haya procurado cortar las orejas a algún perro.

En una palabra, en medicina mismo, cuando una inflamación se declara en un órgano importante, se procura llamar los humores a otro punto del cuerpo menos importante, por medio de moxas (1), escarificaciones (2), acupunturas (3), etc.

Otro medio consiste en aplicar a vuestra mujer una moxa o en introducirle en el ánimo alguna aguja que le pinche mucho y la llame la atención hacia vosotros.

Un hombre de mucho talento habla hecho durar su luna de miel unos cuatro años; la luna menguada y el empesaba ya a ver el arco fatal. Su mujer se hallaba precisamente en el estado en que hemos representado a toda mujer decente al final de nuestra primera parte: habla tomado afición a un mal sujeto, pequeño y feo, pero que, después de todo, no era su marido.

En esta situación, este último imaginó un corte de cola de perro (4) con el que logró renovar por algunos años mas el fragil arriendo de la felicidad. Su mujer habla obrado con tanta astucia, que se hubiese visto apurado el marido para cerrar la puerta de su casa al amante, con quien aquella habla encontrado una relación de parentesco muy lejano. El peligro se habla cada vez mas

- (1) Cauterio consistente en un cono de algodón o de estopa encendido.—(N. del T.)
- (2) Incisiones hechas en una parte del cuerpo con escarificador o bisturí.—(N. del T.)
- (3) Operación medicocuirtirgica que consiste en la introducción metódica de agujas en diversas partes del cuerpo.—(N. del T.)
- (4) El autor se refiere en esto al hecho de Alcibíades, gran hombre de Estado, que ejerció un poder absoluto durante cuatro años en Atenas, el cual mandó cortar la cola y las orejas a un perrazo que llamaba mucho la atención del pueblo, con objeto de que éste no se ocupase de los asuntos del Estado. Por eso, cuando uno de sus amigos fue a decirle lo mucho que el perro llamaba la atención, exclamó Alcibíades: «Me alegro, pues así, mientras hablen del perro, no hablarán de otra cosa».—(N. del T.)

alguna vez iba en invierno a París, sumía a su mujer en tal torbellino de bailes y de espectáculos, que no le quedaba ni un minuto para pensar en amantes, frutos necesarios de una vida ociosa.

Los viajes por Italia, por Suiza, por Grecia; las enfermedades repentinas que exigen tomar aguas, y aguas muy lejanas, son bastante buenas moxas. En una palabra, que un marido de talento debe saber encontrarlas a millares.

Continuemos el examen de nuestros medios personales.

Debemos advertiros aquí que razonamos partiendo de una hipótesis, sin la cual podéis dejar el libro, a saber: que vuestra luna de miel ha durado una temporada regular y que la señorita a quien habéis hecho vuestra mujer era virgen; en caso contrario, y con arreglo a las costumbres francesas, vuestra mujer no se habrá casado más que para ser inconsecuente.

Desde el momento en que empieza en vuestro hogar la lucha entre la virtud y la inconsecuencia, toda la cuestión estriba en un paralelo perpetuo e involuntario que vuestra mujer establece entre vosotros y su amante.

En esto existe aún un gran medio de defensa completamente personal, empleado rara vez por los maridos, pero que los hombres eminentes no titubean en poner en práctica. Consiste en aventajar al amante en todo, sin que vuestra mujer pueda sospechar la intención con que lo hacéis. Debéis obligarla a decirse con despecho, mientras se pone los papelitos para rizarse el pelo: «Indudablemente, vale más mi marido».

Teniendo sobre el amante la inmensa ventaja de conocer el carácter de vuestra mujer y sabiendo cuál es su flaco, para lograr vuestro objeto, debéis hacer cometer torpezas al amante, empleando para ello la delicadeza de un diplomático y procurando hacerle antipático.

Desde luego, según es costumbre, el amante procurará hacerse amigo vuestro, o por lo menos tendréis amigos comunes; y entonces, sea por medio de estos amigos, sea por medio de insinuaciones diestramente pérdidas, procurad engañarle, y, si tenéis un poco de habilidad, veréis a vuestra mujer despidiendo a su amante, sin que ni ella ni él puedan nunca adivinar la causa. De ese modo habréis creado en el interior de vuestro hogar una comedia en cinco actos, en la que habréis desempeñado, en provecho propio, los brillantes papeles de Figaro o de Al-maviva, y, durante algunos meses, os habréis divertido tanto más, cuanto que vuestro amor propio, vuestra va-

nidad y vuestro interés habrán tomado parte muy activa en la broma.

Yo tuve la felicidad de ser simpático, en mi juventud, a un anciano emigrado, que me dió esos últimos rudimentos de educación que los jóvenes reciben ordinariamente de las mujeres. Ese amigo, cuyo recuerdo me será siempre grato, me enseñó con su ejemplo a poner en práctica esas estratagemas diplomáticas que requieren tanta astucia como gracia.

El conde de Nocé había vuelto de Coblenza en el momento en que los nobles corrían peligro en Francia. Jamás he conocido persona de más valor y bondad y de más astucia y abandono. Contaba unos sesenta años y acababa de casarse con una señorita de veinticinco, siendo la caridad lo que le empujó a hacer esta locura, ya que acababa de arrancar a aquella pobre joven al despotismo de una madre caprichosa.

—¿Quiere usted ser mi viuda?—había dicho un día el amable anciano a la señorita de Pontivy.

Pero su alma era demasiado amante para no tomar a su mujer más cariño del que debe tomar todo hombre experto.

Como que durante su juventud había sido manejado por algunas de las mujeres más espirituales de la corte de Luis XV, conocía las mujeres, y esperaba saber apartar de la suya todos los peligros que pudiesen oponerse a su dicha. Nunca he visto a ningún hombre poner en práctica mejor que aquél todas las enseñanzas que trato de dar a los maridos. ¡Qué de encantos comunicaba a la vida con sus modales dulces y con su ocurrenente conversación! Sólo después de su muerte supo su mujer por mí que padecía de gota. Sus labios destilaban amenidad, como sus ojos respiraban amor. Se había retirado prudentemente al centro de un valle, cerca de un bosque, y Dios sabe los paseos que allí daba con su mujer. Su feliz estrella quiso que la señorita de Pontivy tuviese un corazón excelente y que poseyese en alto grado esa exquisita delicadeza y ese pudor de sensitiva, que embellecerían, a mi modo de ver, a la mujer más fea del mundo. De pronto, uno de sus sobrinos, guapo militar escapado de los desastres de Moscou, fué a casa de su tío, tanto para saber hasta qué punto tenía que temer a los primos, como con la esperanza de hacer la guerra a la tía. Su cabello negro, su bigote, el charlatanismo propio del Estado mayor, una cierta desenvoltura tan elegante como graciosa, y sus ojos vivos, formaban todo un contraste particular y completo entre el tío y el sobrino. Yo llegué

precisamente en el momento en que la joven condesa enseñaba a jugar al chaquete a su pariente. El proverbio dice que las mujeres sólo aprenden este juego con los amantes y recíprocamente. Durante una de aquellas partidas, el señor de Nocé había sorprendido aquella misma mañana entre su mujer y el vizconde una de esas miradas confusamente mezcladas de inocencia, de miedo y de deseo. Por la noche nos propuso una partida de caza, que fué aceptada. Jamás le había visto tan ágil y tan contento como le vi al día siguiente por la mañana, a pesar de los achaques de la gota, que le reservaban un próximo ataque. Ni el diablo en persona habría planteado una conversación verde y picante con más gracia de lo que lo hacía él. Era antiguo mosquetero gris, y había conocido a Sofía Arnoult: con eso está dicho todo. La conversación se hizo bien pronto aménísima entre los tres; ¡Dios me perdone!

—Nunca hubiese creído que mi tío fuese tan buen espada—me dijo el sobrino.

Hicimos alto un momento, y cuando los tres estuvimos sentados sobre la hierba de uno de los más verdes claros del bosque, el conde reanudó la conversación acerca de las mujeres, discuriendo tan bien como Brantome y Aloysia.

—¡Qué felices sois vosotros bajo este gobierno!... ¡Conque las mujeres tienen costumbres! (para apreciar la exclamación del anciano sería preciso haber escuchado los horrores que el capitán había contado). He ahí uno de los beneficios de la Revolución—repuso el conde.—Ese sistema da a las pasiones más encanto y más misterio. En otro tiempo, las mujeres eran fáciles, y, a pesar de eso, no podéis imaginaros la gracia y verbosidad que se necesitaba para despertar aquellos temperamentos gastados. Estábamos siempre alerta. Verdad es también que, con una indecencia bien dicha o con una insolencia feliz, se hacía célebre un hombre. Las mujeres gustan de eso, y ese será siempre el medio más seguro para conseguirlo todo de ellas.

Estas últimas palabras las pronunció con un despecho concentrado; después guardó silencio un momento e hizo girar el gatillo de su escopeta como si deseara ocultar la emoción profunda que le embargaba.

—¡Bah!—continuó—¡ya pasó mi tiempo! ¡Es preciso tener la imaginación joven... y el cuerpo también!... ¡Ah! ¿por qué me habré casado? Lo que hay de más pérfido en las jóvenes educadas por las madres que han vivido en esta brillante época de la galantería, es el aire de can-

dor y de gazmoñería que afectan. Parece que la miel más dulce ofendería a sus labios delicados, y, sin embargo, los que las conocen saben que serían capaces de tragarse la sal a paladas.

Dicho esto se levantó y, cogiendo su escopeta y arrojándola contra el suelo, introdujo casi toda la culata en el húmedo césped.

—¡Parece que a mi querida tía le gustan los cuentecillos!—me dijo en voz baja el oficial.

—Y los desenlaces que no acarrear compromisos —añadí yo.

El sobrino montó a caballo, los demás hicimos lo propio, y llegamos a casa a las dos de la tarde. El conde me tuvo en su cuarto hasta la hora de comer, bajo pretexto de enseñarme algunas medallas de que me había hablado por el camino. La comida fué sombría. La condesa mostróse con su sobrino sumamente fría. Cuando estábamos ya en el salón, el conde dijo a su mujer:

—¿No jugáis al chaquete?... Nosotros vamos a dar una vuelta.

La joven condesa no respondió. Miraba al fuego y parecía no haber oído. El marido dió algunos pasos hacia la puerta, invitándome con una seña a que le siguiese. Al ver esto, su mujer volvió rápidamente la cabeza y dijo:

—¿Por qué se marchan ustedes? mañana tendrás tiempo suficiente para enseñarle a ese caballero el reverso de las medallas.

Ante esta insinuación, el conde se quedó. Sin prestar atención a la mortificación imperceptible que ocasionaba a su tía la presencia del sobrino, el conde desplegó durante toda la tarde el encanto indefinible de su conversación. Nunca le vi tan ocurrente ni tan afectuoso. Hablamos mucho de las mujeres. A mí me parecía imposible que hubiera canas en aquella cabeza marcada con el sello de la juventud del corazón y del alma, que es la que borra las arrugas y la influencia de los años. Al día siguiente el sobrino partió. Aun después de la muerte del señor de Nocé, y procurando aprovechar la intimidad de aquellas reuniones familiares en que las mujeres suelen hacer a veces declaraciones íntimas, jamás pude averiguar la clase de imprudencia cometida entonces por el vizconde con su tía. Esta insolencia debió ser muy grave, porque desde entonces la señora de Nocé no ha querido volver a ver a su sobrino, ni puede aún hoy oír pronunciar su nombre sin fruncir las cejas. En un principio no comprendí el objeto de la partida de caza propuesta por el conde de

Nocé; pero después llegué a adivinar, por los resultados, la astucia que encerraba.

Sin embargo, aunque lleguéis a conseguir, como el señor de Nocé, tan gran victoria, no os olvidéis por eso de poner en práctica el sistema de las moxas ni creáis que se pueden hacer por segunda vez e impunemente semejantes esfuerzos. Prodigando así vuestro talento, acabaríais por desprestigiaros a los ojos de vuestra mujer, pues ella iría exigiendo cada vez más, hasta que llegaría un momento en que todo sería poco. El alma humana está sometida en sus deseos a una especie de progresión aritmética, cuyo objeto y cuyo origen son igualmente desconocidos. Así como el que masca opio tiene que aumentar siempre las dosis para obtener el mismo resultado, nuestro espíritu, imperioso cuanto débil, quiere que los sentimientos, las ideas y las cosas vayan siempre creciendo. De ahí la necesidad de distribuir hábilmente el interés en una obra dramática, como de graduar los remedios en medicina. Por eso veis que si se apela alguna vez al empleo de esos medios, debéis subordinar vuestra conducta a las circunstancias, y el éxito dependerá siempre de los resortes que empleéis.

Por último, ¿tenéis crédito y amigos poderosos? ¿desempeñáis un cargo importante? Un último medio cortará el mal de raíz. ¿No tenéis influencia suficiente para privar a vuestra mujer del amante por medio de un ascenso o de un traslado, si éste es militar? Conseguido esto, suprimiréis la correspondencia, empleando los medios de que hablaremos más adelante, y, *sublata causa, tollitur effectus*, palabras latinas que pueden traducirse libremente por: *No hay efecto sin causa*.

No obstante esto, podría asaltaros el temor de que vuestra mujer escogiese otro amante; pero, para evitarlo, no tenéis más que tener dispuesta siempre una moxa, a fin de ganar tiempo y de ver el modo de salir del atolladero con nuevas astucias.

Procurad combinar el sistema de las moxas con las defecciones mímicas de Carlín. El inmortal Carlín, de la comedia italiana, tenía a todo el público suspenso y riéndose durante horas enteras con estas solas palabras, variadas con todo el arte de la pantomima y pronunciadas con mil inflexiones diferentes de voz. «El rey dijo a la reina.—La reina dijo al rey». Imitad a Carlín. Buscad el medio de dejar siempre en jaque a vuestra mujer, a fin de no daros mate vosotros mismos. Aprended de los ministros constitucionales el arte de prometer. Acostum-

braos a saber presentar a tiempo el polichinela que hace correr al niño detrás del payaso, sin que aquél se aperceba del camino andado. Nosotros somos todos niños, y las mujeres siempre están dispuestas por curiosidad a perder el tiempo siguiendo a un fuego fatuo. ¿No tenéis para ayudaros a la imaginación, llama brillante y demasiado pronto extinguida?

Estudiad, finalmente, el feliz arte de estar y no estar al lado de vuestra esposa, de escoger aquellos momentos en que podéis tener cabida en su espíritu sin hastiarla nunca de vuestra presencia, de vuestra superioridad, ni aun de su propia dicha. Por este medio yo os aseguro que aún lograréis mantener viva la llama del deseo, lo mismo en ella que en vosotros.

MEDITACIÓN XIV

DE LAS HABITACIONES

Los medios y los síntomas empleados hasta aquí son, en cierto modo, puramente morales. Participan de la nobleza de nuestra alma, y no tienen nada de repugnantes; pero ahora vamos a echar mano de precauciones a lo Bartolo (1). Es preciso no decaer. Existe un valor marital, como existe un valor civil y militar o un valor de guardia nacional.

¿Cuál es el primer cuidado de una niña después de haber comprado una cotorra? ¿No debe encerrarla, ante todo, en una hermosa jaula de donde no pueda salir sin su permiso? Pues bien, esta niña os dice claramente cuál es vuestro deber.

Todo lo que atañe a la disposición de vuestra casa y a sus habitaciones debe estar concebido con la mira de no dejar recurso alguno a vuestra mujer, en el caso de que ella hubiera decretado entregaros al Minotauro; pues la mitad de las desgracias tienen lugar precisamente por

(1) Personaje de la comedia de Beaumarchais, titulada el *Barbero de Sevilla*. Ha pasado a ser, con justo título, el prototipo del tutor celoso y desconfiado.—(N. del T.)

las deplorables facilidades que ofrecen las habitaciones.

Ante todo, procurad tener por conserje a un hombre único y completamente adicto a vuestra persona. Este es un tesoro fácil de encontrar, porque, ¿qué hombre no tiene siempre en el mundo, o al marido de un ama de cría, o a algún antiguo criado que de pequeño le tuvo sobre sus rodillas?

Por cuantos medios estén a vuestro alcance, debéis procurar que entre vuestra mujer y ese Nestor, guardián de vuestra puerta, nazca un odio de Atreo y Tieste (1). La puerta de vuestra casa es el alfa y la omega de una intriga. Todas las intrigas de amor, ¿no se reducen siempre a esto: a entrar y salir?

Vuestra casa no serviría de nada si no estuviese entre patio y jardín y construída de modo que no se comunicase con ninguna otra.

Suprimed por de pronto en las habitaciones de recepción los menores escondrijos. Un hueco, aunque sólo pueda dar cabida a seis tarros de dulce, debe ser tapiado. Os prepararéis para la guerra, y el primer pensamiento de un general es de interceptar los víveres al enemigo. Así, pues, todas las paredes deberán estar descubiertas, a fin de que presenten a primera vista líneas fáciles de reconocer, y que permitan reconocer en el acto el menor objeto extraño. Ved los restos de los monumentos antiguos, y veréis que las habitaciones griegas y romanas provienen principalmente de la pureza de las líneas, de la limpieza de las paredes y de la rareza de los muebles. Los griegos se hubieran sonreído de compasión si hubiesen visto en un salón los huecos de nuestros armarios.

Este magnífico medio de defensa debe ser puesto sobre todo en práctica en la habitación de vuestra mujer. No le permitáis nunca que ponga cortinas a su lecho, a fin de que nadie pueda ocultarse de otra persona dando vueltas en torno de la cama. Sed implacables en lo concerniente a las comunicaciones. Poned su cuarto al extremo de vuestras habitaciones de recepción. No consentáis que tenga salida a no ser por los salones, a fin de poder ver con una sola mirada a los que entran y salen en su habitación.

(1) Atreo, hijo de Pelope y rey de Micenas, es famoso en la mitología por su odio contra su hermano Tieste y por la espantosa venganza que tomó de él. Degolló a los hijos de Tieste y los hizo servir a su desgraciado padre en un banquete. A los descendientes de Atreo, y particularmente a Agamenón y a Menelao, se les da el nombre de atridas.—(N. del T.)

El matrimonio de Figaro os habrá enseñado sin duda a colocar la habitación de vuestra mujer a una gran altura del suelo. No olvidéis que todos los solteros son Querubines.

Vuestra fortuna da sin duda derecho a vuestra mujer para exigir un gabinete tocador, otro de baño y otro para su doncella; entonces pensad en Susana, y no cometáis nunca la falta de colocar este pequeño departamento debajo del de su señora, colocadlo siempre encima, y no temáis estropear vuestro palacio haciendo horribles rendijas en las ventanas.

Si la desgracia quiere que esta peligrosa habitación se comunique con la de vuestra mujer por una escalera oculta, consultad bien a vuestro arquitecto para que con su genio logre dar a esta siniestra escalera la inocencia de la escalera primitiva, la escala del molinero, que esta escalera, os lo encarecemos, no tenga ninguna cavidad pérfida; que sus altos y angulosos peldaños no ofrezcan nunca aquella voluptuosa curva en que Faublas y Justina estaban tan cómodamente recostados esperando a que el marqués de B*** saliera. Hoy, los arquitectos hacen escaleras que son preferibles a otomanas. Restableced más bien la verdadera escalera de caracol de vuestros virtuosos antepasados.

Por lo que concierne a las chimeneas de la habitación de la señora, tendréis cuidado de colocar en el cañón una reja de hierro, a cinco pies de altura, aunque haya necesidad de reponerla cada vez que tenga que limpiarla. Si vuestra mujer tildase de ridícula esta precaución, alegad los numerosos asesinatos que se han cometido entrando por las chimeneas. Casi todas las mujeres tienen miedo a los ladrones.

El lecho es uno de esos muebles decisivos cuya estructura debe ser muy meditada. Todo es de interés capital en él. He aquí los resultados de una larga experiencia. Dad a ese mueble una forma bastante original para que se le pueda mirar siempre sin desagrado en medio de las comodas que se suceden con rapidez, destruyendo las creaciones precedentes del ingenio de nuestros adornistas, pues es muy esencial que vuestra mujer no pueda cambiar a su capricho ese teatro del placer conyugal. La base de ese mueble debe ser maciza y no debe dejar ningún pérfido hueco entre ella y el pavimento. No olvidéis nunca que la doña Julia de Byrón ocultó a su don Juan bajo la almohada. Pero sería ridículo tratar con ligereza un asunto tan delicado. (Véase la Meditación XVII.)

LXII

El lecho es el todo en el matrimonio.

No tardaremos en ocuparnos de esta admirable creación del género humano, invención que debemos agradecer más que la de los navíos, la de las armas de fuego, la de los coches y sus ruedas, la de las máquinas de vapor, ya sean de simple o de doble presión, y mucho más aún que la de los toneles y la de las botellas. En primer lugar, por poco que se reflexione, se verá que el lecho participa de todo eso. Si se tiene en cuenta que es nuestro segundo padre, y que la mitad más tranquila y más agitada de nuestra existencia transcurre bajo su corona protectora, nos faltarán palabras para elogiarlo.

Cuando la guerra, de que hablaremos en nuestra tercera parte, estalle entre vosotros y vuestra mujer, tendréis siempre ingeniosos pretextos para registrar sus cómodas y sus papeleras; pues si vuestra mujer se propusiese ocultaros una estatua, a vosotros solos os interesa saber dónde la ha ocultado. Un gineceo construído por este sistema os permitirá reconocer de un vistazo si contiene dos libras de seda más que de ordinario. Si la dejáis tener un solo armario, estáis perdidos. Durante la luna de miel, acostumbra sobre todo a vuestra mujer a desplegar un excesivo cuidado en el arreglo de las habitaciones: que todo esté en su lugar respectivo. Si no la acostumbráis a un cuidado minucioso, si los objetos no se encuentran siempre en los mismos lugares, os causaría ella misma tal desorden, que no podríais ya ver si hay o no las dos libras de seda de más o de menos.

Las cortinas de vuestras habitaciones deben ser siempre de materias muy diáfanas, y debéis contraer la costumbre de pasearos por la noche, de manera que a vuestra mujer no la sorprenda veros ir hasta la ventana como por distracción. Finalmente, para acabar con el artículo de las ventanas, hacedlas construir en vuestro palacio de manera que el repecho no sea nunca bastante ancho para que pueda colocarse en él un saco de harina.

Una vez arreglada la habitación de vuestra mujer con arreglo a estos principios, aunque existiesen en vuestro palacio nichos para albergar a todos los santos del Paraíso, estaréis en seguridad. De acuerdo con vuestro amigo el conserje, podréis hacer todas las noches un balance

de las entradas y salidas; y, para obtener resultados ciertos, no estaría de más que le enseñaseis a llevar un libro de visitas por partida doble.

Si tenéis jardín, mostrad pasión por los perros. Dejando siempre bajo vuestras ventanas uno de esos incorruptibles guardianes, mantendréis al Minotauro a una distancia respetable, sobre todo si acostumbráis a vuestro cuadrúpedo amigo a no tomar alimento más que de la mano del conserje, a fin de que los solteros sin delicadeza no puedan envenenarle.

Todas estas precauciones deben tomarse naturalmente y de modo que no despierten sospechas. Si ha habido hombres bastante imprudentes para no haber establecido, al casarse, su domicilio conyugal con arreglo a estos principios, deben vender cuanto antes su casa, comprar otra, o pretextar reparaciones y hacerla de nuevo.

Debéis desterrar sin piedad de vuestras habitaciones las otomanas, los canapés, los confidentes, los sofás, etc. En primer lugar, estos muebles son ya tan vulgares, que adornan las casas de los abaceros y aun las de los peluqueros; además, son esencialmente muebles de perdición, jamás he podido verlos sin espanto, y siempre me ha parecido ver en ellos al diablo con sus cuernos y sus pies ganchudos.

Después de todo, nada es tan peligroso como una silla, y es una verdadera desgracia que no se pueda encerrar a las mujeres entre cuatro paredes... ¿Quién es el marido que al sentarse en una silla desvencijada no se inclina a creer que ésta haya recibido la instrucción del sofá de Crebillón hijo? Pero, felizmente, nosotros hemos arreglado vuestras habitaciones siguiendo un sistema tal de previsión, que nada grave puede ocurrir, a menos que vosotros mismos lo consintáis por negligencia.

Un defecto que debéis contraer, y del que nunca debéis corregiros, es una especie de curiosidad distraída que os inclinará sin cesar a examinar todos los cajones y a revolver todos los neceseres. Procederéis a esta visita domiciliaria con originalidad y con gracia, y obtendréis siempre el perdón procurando poner a vuestra mujer de buen humor.

También debéis manifestar gran admiración cada vez que veáis un mueble nuevo en alguna habitación. Acto continuo exigiréis que os expliquen su utilidad, pensando siempre en si puede o no servir de pérfido escondite.

No es esto todo. Seguramente que tendréis bastante talento para comprender que vuestra cotorra no permane-